


POR EL AUTOR ESPAÑOL REVELACIÓN EN USA



# FULGOR

 Planeta

Manel Loureiro



Fulgor

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Virtual publishers, S. L., 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015  
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: septiembre de 2015

Depósito legal: B. 17.883-2015

ISBN: 978-84-08-13833-4

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Rotopapel

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Ella no debería estar allí.

Mientras respiraba de forma entrecortada supo que ya había pasado por aquel lugar un rato antes. Las ramas que bordeaban el camino estaban rotas y recordaba perfectamente aquel agujero lleno de agua donde casi se había roto un tobillo al meter el pie.

La joven pelirroja vaciló, nerviosa, mientras giraba la cabeza en un intento de perforar las tinieblas. Por un instante pensó en volver sobre sus pasos, pero el ruido de algo —de *aquello*— que se aproximaba por el estrecho sendero embarrado justo detrás de ella le hizo cambiar de opinión, y sin dudar un segundo abandonó el camino y se internó entre los árboles. Las zarzas del bosque hicieron un ruido ahogado al quebrarse mientras se abría paso a trompicones entre la maleza. Una gota de sudor le resbaló por la sien cuando levantó la mirada, aunque no pudo ver nada. No era la primera vez que repetía aquel gesto en la última media hora, siempre con la vana esperanza de que la oscuridad pegajosa que la rodeaba se disipase un poco y le permitiese descubrir dónde estaba. Y sobre todo, dónde estaban *ellos*.

Se apartó el pelo mojado de la cara, vagamente consciente de que la lluvia había empapado su ropa y se le pega-

ba al cuerpo. Había perdido los tacones de los zapatos al menos media hora antes, cuando se había iniciado aquella pesadilla entre los árboles y sus piernas estaban cubiertas de arañazos y golpes. Una fea magulladura en el costado le impedía respirar con normalidad y le arrancó un gemido de dolor cuando apoyó la mano sobre ella. Ignoraba que tenía una costilla rota, aunque tampoco importaba demasiado en aquel momento.

Levantó la mirada hacia las ramas que el viento mecía sobre su cabeza. Los troncos y la vegetación del bosque, en medio de la noche nublada tras dos semanas de lluvia, eran una masa oscura y amorfa. Los ruidos del agua cayendo desde las hojas y el rechinar de las ramas despistaban sus sentidos y la hacían sentirse pequeña y sola.

Gimió cuando una zarza especialmente puntiaguda se enganchó en su ropa. Su vestido de seda se desgarró con facilidad y una delicada línea roja se dibujó sobre su cadera antes de empezar a manar sangre. Se mordió la mano para sofocar el grito de dolor que pugnaba por abrirse camino en la garganta. No podía gritar, no con ellos tan cerca.

—Piensa —se susurró a sí misma con voz llorosa, para darse ánimos—. Vas a salir de aquí, piensa, piensa, piensa...

Sabía que su única posibilidad pasaba por volver a la carretera. Una vez allí, tendría que caminar rumbo a la ciudad, rezando por que apareciesen los faros de cualquier coche y alguien la llevase de nuevo hacia la luz y la seguridad. Si se quedaba dando vueltas en aquel bosque, no tardarían en suceder cosas. Cosas muy malas que le dolerían mucho y le harían aullar de angustia, vergüenza y miedo. Lo sabía.

Se miró los pies y las lágrimas se agolparon en sus ojos. Al principio de la noche llevaba unos preciosos zapatos de cuero negro y suela roja subidos en unos sensuales diez centímetros de tacón. Esos zapatos se habían convertido en

un par de deformes piezas de costuras reventadas llenas de barro, que emitían chapoteos acuosos al andar y lanzaban ondas lacerantes de dolor cada vez que trataba de correr. No era el calzado adecuado para un lugar como aquel, ni tampoco su minivestido de seda roja con ese escote. El bolso a juego había desaparecido un buen rato antes, cuando se separó de su amiga.

Un sentimiento de angustia enterró por un instante al océano de pánico que la envolvía. Si estaba en aquella situación —si las dos lo estaban, se corrigió mentalmente—, ella misma tenía la culpa.

Habían salido de juerga como cualquier otro sábado por la noche. Al principio Eva había estado algo reacia a causa del mal tiempo. No le apetecía mojarse, paseando de bar en bar, pero ella había insistido al explicarle que la fiesta de aquel nuevo club era LA FIESTA y que si no iban se arrepentirían durante meses. Conocían al portero, habría un montón de tíos buenos y se rumoreaba que algún actor famoso se dejaría caer por allí. Además, tenían tres gramos de coca, estaban solteras y, al fin y al cabo, no se habían pasado dos horas en la peluquería aquella mañana para nada. Ella era así, feliz, burbujeante e inquieta. No había tardado demasiado en convencerla, y una hora y media después, vestidas para matar, con unos chupitos de tequila y unas rayas en el cuerpo, llamaban al taxi que las llevó hasta aquel club.

Un crujido en la espesura la sacó de sus ensoñaciones. Algo se movía entre la maleza en su dirección, estaba segura. Una carcajada apagada sonó desde las sombras, y el terror, caliente y pesado como cera fundida, se extendió por sus venas. Había algo de antinatural en aquella risa. Sonaba ligeramente desafinada, como un instrumento que no se ha usado en mucho tiempo. Subía y bajaba de forma irre-

gular, pero lo más aterrador no era eso. Sonaba sin alegría, mecánica. Sonaba *muerta*.

—¡Dejadnos en paz! —gritó hacia los árboles. Su voz sonaba temblorosa incluso para sus oídos—. ¡He llamado a la policía! ¡Ya están viniendo hacia aquí!

Las risas se alzaron en un *crescendo* cascado y rasposo, como si las gargantas que las emitían estuviesen llenas de hojas muertas e insectos. Algo oscuro se deslizó a su derecha avanzando un paso hacia ella, dejándose entrever, pero sin prisas.

La joven echó a correr, sin hacer caso al dolor de sus pies ni al rastro de sangre que manaba de sus arañazos. Se limitaba a abrirse paso entre la maleza, sin sentir las ramas que le golpeaban la cara y sin tener claro hacia dónde corría. Solo sabía que tenía que alejarse de allí cuanto antes.

Un pedazo de terreno suelto y desmoronado por la lluvia se deshizo bajo sus pies y de repente perdió el equilibrio. Cayó rodando por una pequeña pendiente recubierta de musgo y helechos hasta acabar con el cuerpo encajado entre el tronco podrido de un viejo roble caído y unas piedras romas. Aulló de dolor cuando una de sus rodillas emitió un *crac* apagado al girar debajo de su cuerpo. Casi al momento, las carcajadas burlonas que salían de la oscuridad fueron sustituidas por un siseo anhelante y hambriento.

Aquel sonido llevó su terror a un estado aún más puro y le dio fuerzas para levantarse. Apoyó las manos en el tronco podrido, y este se desmigó entre sus dedos como un pedazo de pan mohoso. Lo intentó de nuevo y cuando apoyó el peso sobre sus piernas volvió a gritar de dolor: tenía la rodilla destrozada. Con las lágrimas corriéndole por la cara se alejó de las carcajadas que sonaban cada vez más cerca.

Solo dos horas antes aquellas mismas rodillas habían estado meciéndose al ritmo de la música *techno* que el disc-

jockey llegado de Holanda pinchaba desde la cabina del club. Las dos chicas se habían tomado una larga fila de chupitos en la barra mientras se divertían rechazando a la hileras de hombres jóvenes que se acercaban a ellas como polillas a una lámpara encendida. Un rato después, Eva había salido del baño con una sonrisa pícaras en los labios y un par de pastillas de color indefinido en un puño. Le puso una en la boca mientras ella se tragaba la otra y veinte minutos más tarde las dos jóvenes bailaban en el centro de la pista como si un dios pagano las hubiese poseído.

Debió de ser entonces cuando el hombre se les acercó. Frunció el ceño, tratando de recordar el momento, pero aquello le resultaba demasiado confuso. No era solo por todo lo que había tomado, estaba segura. Era como si su recuerdo se hubiese, bueno..., se hubiese *difuminado*.

Recordaba que Eva había reído muy alto cuando el hombre se le aproximó por la espalda y le susurró algo al oído. Se había puesto de inmediato a coquetear con él de forma descarada, espoleada por el cóctel químico que ardía en su cerebro. Pero había algo más, casi podría jurarlo. Era una pieza resbaladiza de su memoria, que se negaba a dejarse ver.

—¿Qué era? —murmuró mientras braceaba jadeante entre una densa mata de helechos. Pensar en lo que había pasado le ayudaba a mantener el control sobre su pánico.

Recordaba que el otro hombre (había otro hombre, eso era, un hombre mayor y con una visera, cómo se podía haber olvidado de eso) le había dicho algo muy cerca, tan cerca que había notado su aliento caliente sobre la piel. Ella le había mirado y...

Un grito de terror atravesó la vegetación y le golpeó los oídos. No venía de muy lejos, posiblemente su origen estaba a poco más de cien metros, pero en medio de aquella



espesa foresta era como si estuviese en Plutón, a todos los efectos. El grito se repitió, seguido de las risas atonales que la venían persiguiendo. Reconoció al instante la voz de la mujer que gritaba.

—¡Eva! —chilló con todas sus fuerzas—. ¡Eva! ¡Estoy aquí! ¡Corre hacia mi voz!

—*No puede. Está cansada. Muuuuy cansaaaada.*

La voz rasposa parecía salir de todas partes a un mismo tiempo. La joven contuvo un gemido ahogado mientras trastabillaba y caía de espaldas. El borde afilado de una piedra se le clavó en el muslo. Ella la aferró y la levantó sobre su cabeza mientras giraba la mirada, jadeando, entre las sombras. Solo podía ver la nube de vaho que salía de su boca y sus piernas blancas destacando sobre el suelo cubierto de hojas empapadas.

—*Lauraaaaa.* —La voz susurró su nombre por primera vez—. *¿Tienes miedo, Laura?*

Un coro de risas siguió a la pregunta, como si los dueños de aquellas voces la encontrasen realmente divertida. La joven pelirroja lanzó la piedra hacia la vegetación mientras pugnaba por ponerse en pie. Las carcajadas espasmódicas se elevaron, como si disfrutasen del espectáculo más divertido del mundo. Uno de sus zapatos quedó enterrado entre las hojas, pero Laura ni siquiera se dio cuenta.

*Levántate o estás muerta. Levántate.* El pensamiento era tan intenso que casi dolía. Los dedos de Laura arañaron el suelo mientras se ponía a duras penas en pie.

Cuando lo consiguió se abrió paso entre los helechos una vez más. Una rama le golpeó en la cara y le marcó un feo verdugón en la mejilla. El cielo se abrió un instante y un débil haz de luna bañó el bosque por unos segundos con una luz apagada, pero lo suficiente como para que la muchacha pudiese distinguir la dirección general en la que

iba. A los lados se levantaban dos enormes zonas boscosas, pero un poco a la derecha parecía haber un área más despejada. Si había una carretera, tenía que estar allí. Y de repente se detuvo, petrificada.

Todo estaba en silencio.

Ya no se oían ruidos en la maleza, ni risas desafinadas, ni susurros. Incluso el viento parecía haberse calmado. Era como si un manto de silencio hubiese caído de repente sobre aquel bosque sofocando hasta el último sonido. Resultaba tan antinatural que por un instante casi deseó que volvieran a sonar las risas.

Laura se repuso enseguida y se ocultó entre una enorme maraña de brezos. Si había alguien allí cerca, no hacía el más mínimo ruido.

Quizá se habían ido. *A lo mejor los he despistado*, pensó con algo parecido a un pinchazo de esperanza en el corazón. Tenía que encontrar a su amiga y salir de allí cuanto antes.

—Eva —susurró entre las sombras con precaución—. ¡Eva!

Permaneció acuclillada entre la maleza durante diez largos minutos, esperando oír algo, pero nada sucedió. Hasta los pequeños animales salvajes, asustados por el ruido previo, mantenían un silencio expectante. Por fin, cansada de esperar, se levantó y continuó cojeando hacia la zona despejada. Las lágrimas de miedo corrían libremente por su cara mientras recorría los últimos metros que la separaban de lo alto de una pequeña loma coronada por un roble cubierto de musgo y de ramas caídas. Al llegar allí exhaló un suspiro de alivio. A apenas doscientos metros, una estrecha cinta de asfalto serpenteaba entre los árboles, y lo que era mejor, tan solo unos kilómetros más allá, las primeras luces de la ciudad brillaban como una sarta de perlas luminosas.

*Luz. Calor. Gente. Seguridad. Lo vas a conseguir.*

Habían salido del club con aquellos dos hombres. Nunca se iban con desconocidos, y menos en la primera noche, pero estos habían sido tan convincentes... Frunció el ceño una vez más mientras intentaba recordar. ¿Iban a casa de uno de ellos? ¿A otra fiesta? ¿Adónde iban? Por enésima vez Laura se preguntó si las habrían drogado, pero negó con la cabeza. Lo recordaba todo, menos el motivo que las había llevado a subir a aquel coche... y la cara de los dos hombres.

Con un sentimiento creciente de pánico se dio cuenta de que no podía recordar ni uno solo de sus rasgos. Recordaba la ropa, elegante y cara, aunque algo anticuada, e incluso el carísimo reloj que llevaba uno de ellos en la muñeca, pero del cuello para arriba tan solo había una bruma oscura y viscosa.

El coche era de gama alta, con asientos de cuero suave y un asombroso espacio en la parte trasera. Eva y ella habían jugado alborozadas con el mueble bar oculto en la guantera intermedia mientras los dos hombres, sentados en los asientos delanteros, guardaban silencio. Todo había sido maravilloso hasta que se detuvieron.

—¿Hemos llegado? —había preguntado Eva con voz algo ebria mientras se incorporaba—. ¿Es aquí la fiesta?

—Está muy oscuro —había añadido ella mientras miraba por la ventanilla.

Había sido en aquel momento cuando había sentido el primer ramalazo de inseguridad. Aún suave, pero imposible de evitar.

Los dos hombres se habían girado y se habían limitado a contemplarlas fijamente, sin decir nada. Tan solo había sido cuestión de quince o veinte segundos, pero el recuerdo volvió a la mente de Laura como el regusto de un trago de agua sucia. Supo, de alguna manera, que aquellos dos hombres

iban a hacerles daño. Mucho daño. No era una imagen clara, pero sí una idea lo bastante fuerte como para aterrorizarla.

—Si es una broma, no tiene ni puta gracia. —La sonrisa de Eva se había desdibujado a medida que apoyaba la copa de champán manchada de carmín—. En serio, parad ya.

Los hombres no se movieron. El mayor de los dos simplemente sonrió, en una mueca retorcida.

—Parad ya —había añadido Laura con voz débil—. Quiero irme. Eva, quiero irme de aquí.

—Llevadnos a casa, tíos, va.

Eva se había echado hacia delante, mucho más seria, con los ojos brillando debajo de sus rizos rubios, pero entonces uno de los hombres había apretado un botón y un separador se levantó, dejando aislados los asientos traseros del resto del coche. Laura no pudo contener un grito de miedo.

—¡Esto ya no tiene gracia, cabrones! —gritó Eva golpeando la pared de plexiglás—. ¡Dejadnos bajar!

—¡Abrid la puerta!

—¡Abrid la puta puerta! ¡Queremos salir!

—¡Abrid!

—¡Que nos dejéis ir, joder!

—¡Abrid!

Como obedeciendo su deseo, sonó un chasquido y los pestillos de las puertas se destrabaron de forma simultánea. Laura y Eva se miraron a los ojos durante un segundo, incrédulas, y sin pensarlo demasiado accionaron las manillas y salieron del coche, cada una por un lado.

Nada más apoyar los pies en el asfalto, la pesada berlina dio un acelerón y arrancó a toda velocidad, con las puertas traseras aún entreabiertas. En apenas cinco segundos sus luces traseras se perdieron tras una curva y ambas muchachas se quedaron a solas, en medio de una carretera desierta y tiritando bajo la lluvia.

—¡Serán hijos de puta! —había murmurado Eva con incredulidad—. ¡Se han ido! ¡Nos han dejado aquí!

—Casi lo prefiero —respondió Laura con un suspiro trémulo—. Hubo un momento, cuando nos miraban... He pasado mucho miedo.

—No pasa nada, cariño. —Eva abrazó con fuerza a su amiga, tratando de consolarla—. Voy a llamar a mi hermano y... ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Me he dejado el bolso en el coche de esos imbéciles —suspiró Eva—. La cartera, el móvil, las llaves... ¡Joder, hasta esa barra de labios que me había costado una pasta!

—No te preocupes por el pintalabios ahora —susurró Laura inquieta. Le había parecido que había *algo* moviéndose por una de las cunetas.

—¿Tienes el número de mi hermano? Le podemos llamar desde tu móvil.

Laura sacó su móvil del bolso, pero el teléfono lanzó un par de pitidos ahogados y la pantalla se apagó de golpe. El contraste con la oscuridad que las rodeaba dejó a ambas chicas a ciegas por un momento. Levantó el rostro con una mirada angustiada que se perdió en la noche.

—Me he quedado sin batería —dijo con un hilo de voz.

—No me jodas, Laura.

Eva suspiró mientras daba un par de pasos sobre el asfalto agrietado. Era una carretera estrecha y revirada, lejos de las vías principales.

—Esta mierda de lluvia me va a arruinar el peinado y el maquillaje —refunfuñó cabreada mientras se cubría como podía con su pequeña chaqueta de terciopelo.

El agua ya le resbalaba por la cara y hacía chorretones grotescos con su sombra de ojos, pese a todos sus esfuerzos.

Laura no le prestaba atención. Algo se movía en la cuneta, estaba segura. Parecía venir reptando, o caminando de forma extraña, pero la oscuridad era demasiado densa. Giró la cabeza para avisar a su amiga y entonces comprobó que por el otro lado de la calzada también avanzaban unas sombras oscuras. Una sensación gélida se materializó en su espalda mientras el puño de hierro del miedo la sujetaba con fuerza. Aquellas sombras no eran nada que ella pudiese reconocer. No hacían ningún ruido y se movían de una manera antinatural sobre el asfalto.

Hacia ellas dos.

—... y encima se me está bajando el punto —Eva continuaba lamentándose—. Está siendo una mierda de noche como hacía...

—Eva —la interrumpió Laura—, tenemos que irnos de aquí.

—Claro que tenemos que irnos, joder —gruñó su amiga—. La putada es que...

—¡No, Eva! —replicó mientras la agarraba de un brazo. Las formas oscuras estaban cada vez más cerca. Podía sentir las, a apenas unos metros, a ambos lados de la calzada—. Tenemos que irnos *ahora*.

—Pero ¿qué...? —comenzó Eva, aunque se detuvo de golpe al ver las sombras.

—¡Vamos!

No dijeron más y echaron a correr hacia el camino que se abría a su espalda. Era una trocha estrecha que zigzagueaba hasta perderse en la espesura del bosque, pero no tenían otra alternativa. Las figuras oscuras convergían hacia ellas desde los dos lados practicables de la calzada y la otra cuneta era un alto terraplén. Justo un segundo antes de dejar el asfalto, ambas comprendieron que los horrores de la noche tan solo acababan de comenzar.

## II

---

El tramo hasta la carretera se les estaba haciendo eterno a Laura y su rodilla machacada. Ya no había tanta vegetación como un momento antes, pero el desnivel era más acusado y en medio de la oscuridad no dejaba de tropezar con las raíces y las piedras que se ocultaban en el camino. Un par de veces cayó de bruces y en una de ellas se despellejó una mano, lo que sumó nuevas lágrimas a su rostro.

Un movimiento en la maleza, a un par de metros, la arrancó de sus pensamientos. Con la celeridad de un conejo asustado, se zambulló de nuevo entre los helechos, intentando pasar desapercibida. El ruido se reprodujo y de entre las zarzas apareció un rostro magullado y una preciosa melena rubia empastada en barro y sangre.

—¡Eva! —susurró Laura mientras le hacía señas frenéticas—. ¡Aquí!

Eva giró la cabeza, confusa, y entonces la vio. El terror que se le dibujaba en la cara se transformó en alivio con tanta velocidad que habría resultado cómico en otras circunstancias.

—¡Laura! ¡Ay, Laura! —Eva se arrojó en sus brazos y las dos jóvenes se aferraron entre ellas con desesperación. Estuvieron así un rato hasta que consiguieron calmarse lo suficiente.

—La carretera está ahí abajo —señaló la pelirroja mientras se pasaba la mano por la cara—. Y no debemos estar a más de unos kilómetros de aquellas luces de allí.

—Si no aparece un coche, tendremos que ir andando —contestó Eva mientras miraba la rodilla de Laura, que se había hinchado como una pelota—. ¿Estás bien? ¿Puedes caminar?

—Si me apoyo en ti, no creo que tenga problema. Y tú, ¿estás bien?

La rubia asintió entre temblores. Era evidente que también había pasado un susto de muerte entre la maleza, pero excepto por una brecha en la cabeza parecía en bastante buen estado.

—Vayámonos antes de que vuelvan —contestó al tiempo que lanzaba una mirada temerosa sobre su hombro.

Laura tragó saliva y dudó antes de hablar. Tenía miedo de que la simple mención de sus perseguidores los invocase de nuevo.

—¿Tienes idea de quiénes eran? —preguntó con un hilo de voz.

Eva meneó la cabeza mientras trastabillaba arrastrando a su amiga. Los últimos cincuenta metros fueron especialmente miserables y difíciles. La lluvia arreciaba y se había transformado en una densa cortina de agua. Ambas chicas chapotearon en un profundo charco antes de llegar a la carretera.

Al pisar el asfalto agrietado se dejaron caer, agotadas. El agua corría por la calzada, formando revoltosos regueros que arrastraban hojas y restos de cortezas. Un ligero albor en el horizonte, casi imperceptible, anunciaba que el sol saldría en pocas horas, aunque seguramente quedaría tapado por el grueso manto de nubes que descargaba en aquel instante. Aun así, aquel mínimo resquicio de luz bastó para



llenarles el corazón de ánimo. Habían sobrevivido, fuera lo que fuese lo que había pasado.

—No sé dónde estamos —murmuró Eva mientras intentaba controlar el castañeteo de sus dientes—. Jamás he visto este sitio.

—Creo que es la misma carretera donde nos dejaron, pero en otro punto —especuló Laura mientras contemplaba dubitativa en ambas direcciones—. Tenemos que ir hacia allí.

—En cuanto nos encuentre alguien, deberíamos ir a un hospital —dijo Eva—. Creo que te has roto la rodilla y yo tengo una brecha en la cabeza. Me caí por un terraplén cuando esos..., esos...

—Iremos a un hospital —asintió Laura—, pero antes debemos ir a la policía. Tenemos que contar lo que nos ha pasado.

Eva guardó silencio mientras continuaban caminando por la calzada apoyadas la una en la otra. De repente, comenzó a hipar; un llanto suave e interminable manaba de sus ojos.

—Casi me cogen, Laura... —Su voz se quebró—. Sentí cómo me acariciaban la espalda. Los pude sentir. Yo...

—Chsst, no pasa nada. —Laura le dio un cariñoso achuchón—. Estamos bien y eso es lo que importa. Es...

Un *clinc* apagado unos metros por delante cortó en seco sus palabras. Las dos se detuvieron, totalmente inmóviles, aguzando el oído en medio de la penumbra cada vez más difusa. Sin cruzar una palabra caminaron unos cuantos metros más, con todos los sentidos alerta.

—Hay algo ahí, en medio de la carretera —dijo Laura señalando con una mano hacia un bulto informe apoyado en la calzada.

—¡Es mi bolso! —exclamó Eva asombrada—. ¿Qué hace aquí?

La muchacha rubia recogió el bolso del suelo y tras abrirlo comenzó a rebuscar en su interior de forma furiosa. Mientras tanto, Laura vio de reojo algo más sobre la calzada, a pocos metros. Se acercó cojeando y un escalofrío le recorrió la espalda. Era una navaja de cachas negras y con una larga y afilada hoja de metal plateado. La levantó del suelo con extrema prudencia, como si fuese un artefacto alienígena. La navaja tenía grabado un extraño símbolo en una de sus cubiertas que Laura no pudo reconocer. Se giró hacia Eva, que en aquel momento bufaba de desesperación.

—El móvil no está —dijo—. Pero al menos me han dejado la cartera con todo el dinero. Tampoco se han llevado la coca, ni las llaves de mi casa. Qué raro es todo esto.

—Es aún más raro. —Laura le tendió la navaja—. Mira lo que había en el suelo.

—¿Es una navaja? —musitó Eva dándole vueltas en las manos—. A lo mejor se le cayó a uno de esos hijos de puta cuando dejaron el bolso aquí.

—Puede ser —murmuró Laura repentinamente molesta. Una intranquilidad pegajosa reptaba por su vientre.

La luz del día llegaba cada vez con más claridad y con ella aumentaba su sensación de que algo no estaba bien. Era algo imposible de explicar, más próximo a un palpito que a algo real, pero *sabía*, de alguna manera, que no estaban solas. Levantó la mirada hacia la línea de árboles que marcaba el borde del bosque y por un breve momento tuvo la certeza de que algo se movía allí, acechando.

Expectante.

Se volvió hacia Eva, con un sabor agrio en la boca. No los habían despistado. Estaban allí arriba, esperando...

Su hilo de pensamiento se interrumpió cuando observó a Eva bajo la tenue luz del amanecer. La joven temblaba de forma violenta bajo la lluvia suave, como si sufriese algún

tipo de convulsión. Sus hombros se sacudían con un patrón irregular, marcando un ritmo misterioso que Laura no podía oír.

—Eva... ¿Estás bien? —susurró.

Su amiga levantó la mirada cuando oyó su voz y la imagen de su rostro arrancó en ella un grito involuntario de horror. Las facciones armoniosas de la joven rubia estaban desencajadas por completo, sacudidas por una enorme tensión interior. Los ojos se sacudían en sus órbitas mientras hacía rechinar los dientes de una manera escalofriante.

—Eva, me estás asustando... ¡Para!

Por toda respuesta, Eva dio un par de pasos vacilantes hacia Laura. En su mano todavía sostenía la pesada navaja, cuya hoja brillaba de forma espectral bajo las primeras luces de la mañana.

—¡Lauraaaaaa! —El gemido que salió de la garganta de Eva resonaba con desesperación y miedo. Era su voz, pero al mismo tiempo sonaba distinta—. *Correeee, Lauraaa.*

Dio otros dos pasos de borracha hacia su amiga antes de trastabillar, a punto de perder el equilibrio. Se movía a golpes sincopados, con una expresión ausente en los ojos, como si algún cable imaginario en su interior se hubiese desconectado. El miedo en el corazón de Laura alcanzó una dimensión primitiva y básica.

Se dio la vuelta y trató de echar a correr, pero antes de poder dar tres pasos su rodilla lastimada se rompió definitivamente. Sintió una llamarada de dolor lacerante que le subía por la pierna y de forma repentina perdió el apoyo de un lado.

Con un grito de terror cayó al suelo y se arañó las manos con la grava de la cuneta. Intentó ponerse de pie, pero ya era demasiado tarde. Eva ya había llegado a su altura y con un gesto torpe se había dejado caer a horcajadas sobre

su espalda, inmovilizándola. Laura sintió un dolor agudo y puro cuando la hoja de acero de la navaja se deslizó entre sus costillas y le perforó el pulmón por primera vez. Cuando trató de gritar, el aire mezclado con sangre borboteó en su garganta y solo pudo proferir un murmullo apagado. La hoja de la navaja se clavó una vez más, pero la sombra de la muerte ya estaba extendiendo su manto sobre la conciencia de Laura y apenas se dio cuenta. El último destello de su intelecto se deslizó hacia el otro lado envuelto en una nube de angustia, pesar y, sobre todo, una gran pregunta. ¿Por qué?

Eva, montada sobre el cuerpo de su amiga, le clavó la navaja al menos una docena de veces más antes de detenerse de forma abrupta. Su cabeza caída hacía que la punta de su cabello rubio tocara las heridas y se empapara en sangre, al igual que sus manos y su minivestido. Las lágrimas le corrían por el rostro y, si hubiese habido allí alguien para mirarla a los ojos, habría visto un cóctel de terror, miedo y espanto absoluto por lo que acababa de hacer.

Se levantó de forma trabajosa hasta ponerse de pie al lado del cuerpo caído. Con deliberada lentitud y un coro de gemidos de dolor, comenzó a hacerse largos cortes con la hoja de la navaja en las piernas y en los brazos, dibujando un enrevesado arabesco de marcas rojas. Eran cortes profundos que se entrecruzaban sobre su piel, en una espiral de dolor enloquecedora. En un giro repentino, clavó con fuerza la navaja en su ingle, y la hundió hasta la empuñadura. El golpe fue tan potente que la muchacha cayó de rodillas, incapaz de sostenerse por más tiempo.

La cabeza golpeó contra el asfalto y por un momento su visión se volvió borrosa. La cara sin vida de Laura estaba a tan solo unos centímetros de la suya, adornada con una última expresión de perplejidad y confusión. Una sensa-

ción heladora le trepaba por el cuerpo a medida que su sangre se escapaba a borbotones. Y mientras la vida se le iba lentamente por su femoral abierta, pudo ver cómo de la linde del bosque se asomaban ellos, satisfechos. Vio cómo contemplaban las dos figuras femeninas, allí caídas.

Y lo último que pudo percibir, antes de morir, fue el placer perverso que aquella escena les había proporcionado, y el intenso desprecio que sentían por las dos muchachas que agonizaban sobre la carretera agrietada.

### III

---

Si Casandra hubiese sabido cómo iban a ser las siguientes horas de su vida, seguramente habría hecho las cosas de otro modo. Quizá se habría quedado un rato más en cama, disfrutando de la sensación de las sábanas tibias alrededor de su cuerpo y de la respiración pausada de Daniel a su lado, en la penumbra. Seguramente se habría permitido un rato más bajo los chorros de la ducha, disfrutando de los diminutos alfileres de agua caliente clavándose en la piel de sus hombros. Docenas de pequeños detalles cotidianos que ni siquiera valoramos.

Hasta puede que hubiese dejado dormir a su hijo un rato más, demorándose con paciencia en preparar el desayuno, como hacía todas las mañanas, casi sin excepción, desde hacía cinco años. Pero nada de eso sucedió porque Casandra no sabía que la sombra del destino ya la había marcado y que apenas le quedaban dos horas antes de yacer con la frente abierta en medio de un mar de cristales rotos.

Y quizá eso fuese lo mejor. Nadie merece vivir conociendo el futuro.

Así que, cuando el despertador sonó a las seis y media, sacó un brazo de la cama y lo apagó de un golpe, mientras se desperezaba. Al otro lado del colchón Daniel, su marido,

se removió bajo las sábanas, aún medio atrapado en las redes del sueño.

—Mmmmm... ¿Qué pasa?

—Soy yo, no pasa nada. Sigue durmiendo.

*Date la vuelta, bobo. Date la vuelta y arrástrame a tu lado de la cama. Abrázame y deja que entierre mi cabeza en tu pecho mientras me acaricias el pelo.*

—¿Ya es la hora de levantarse?

—Aún te quedan veinte minutos —susurró Casandra—. Duerme.

Daniel murmuró algo ininteligible mientras se daba la vuelta y Casandra sintió cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos ante aquel silencio.

Un par de años antes él habría aprovechado aquel momento perdido de la mañana para tumbarla de nuevo en cama y hacerle el amor suavemente. Después se habrían acunado satisfechos, abrazados juntos en la penumbra, contando en silencio, con los latidos de su corazón como guía, los segundos que faltaban para que el despertador volviese a sonar. Pero eso ya no sucedía. Lo cierto es que, aunque dormían juntos, hacía meses que ni siquiera se tocaban. Un muro de ladrillos levantado a tiralíneas en medio del colchón no les habría separado con mayor eficacia.

Si les hubiesen preguntado por separado cuál era el motivo por el que su matrimonio se estaba desmoronando, posiblemente ambos habrían respondido de la misma manera: una simple mirada de incomprensión y un largo e incómodo silencio mientras buscaban una respuesta que fuese válida hasta para ellos mismos.

*Algunas veces las cosas suceden porque sí,* se diría Casandra, al cabo.

Conoces a alguien, te enamoras, creas una vida en común, llegan los hijos y el trabajo se hace cada vez más ab-

sorbente y estresante para ambos. Te mudas de ciudad cuatro veces en tres años y entonces, un día, cuando estáis desayunando, ves en la mirada del otro que ya no está enamorado de ti. En algún momento del camino, el amor ha sido atropellado y yace en la cuneta, muerto o malherido.

Pero ya estás tan atrapada en tus propias redes que salir a su rescate parece una tarea titánica y demasiado difícil, porque además no sabes quién ha sido el culpable. Y entonces no sabes qué hacer, salvo revolvete de dolor, sentir cómo se consumen tus propias entrañas mientras te preguntas una y otra vez qué es lo que has hecho mal.

Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y salió de la habitación procurando no hacer ruido. Le quedaban tan solo una hora y cincuenta minutos de vida.

A Casandra le gustaba aquel momento del día, la calma antes de la tormenta. Aún rodeada de penumbra, con todos todavía durmiendo y con la calle en silencio mientras sus vecinos se iban incorporando paulatinamente a su propio día, en ocasiones se sentía como si fuese la última habitante de la tierra. En aquellos veinte minutos, antes de que su hijo Martín se despertase, se sentía liberada de toda responsabilidad y obligación. Libre. Era su momento.

Se observó un segundo en el espejo del baño antes de bajar las escaleras. Una treintañera de melena negra y grandes ojos verdes algo apagados le devolvió la mirada. El tiempo y el estrés se empezaban a cobrar su peaje en forma de un cuerpo un poco más relleno que cuando entró en los veinte, y alguna arruga que ya amenazaba con quedarse a vivir en su rostro de forma definitiva, pero aún era una mujer tremendamente bella por la que los hombres giraban la cabeza de forma discreta en la calle.

Encendió la cafetera y casi enseguida el olor a café, estimulante y denso, inundó la cocina. Echó una última mira-



da cautelosa al hueco de la escalera para asegurarse de que nadie se acercaba y abrió el armario situado detrás del fregadero. Apartó los botes de lejía y detergente y metió la mano hasta el fondo. Tanteó a ciegas durante un rato hasta que sus dedos tropezaron con la familiar forma de la cajetilla de cartón. Con expresión furtiva sacó el paquete de Lucky Strike y extrajo el mechero y un cigarrillo.

Siempre se sentía algo estúpida con aquel ritual matutino, pero no podía evitarlo. Daniel había dejado de fumar hacía cuatro años, después de que su cardiólogo le avisase con expresión grave que sus dos paquetes diarios le estaban llevando hacia el Carrusel del Enfisema a toda velocidad. Ella había decidido ayudarle en el trance de dejar de fumar y había renunciado a su vez al hábito.

No era solo por Daniel, sino también por ella y por el niño, por supuesto. Además, un médico fumador —aunque en su caso fuese una psiquiatra— daba muy mala imagen. Sin embargo, los malos hábitos son los más difíciles de dejar, y un año antes había vuelto al tabaco a escondidas.

Había sido en una guardia especialmente complicada en el psiquiátrico. Había salido un momento a tomar el aire después de que el chalado de Carlos Pajares y sus ciento cincuenta kilos de esquizofrenia paranoide entrasen en erupción sin previo aviso. Casi le había arrancado el pelo a una enfermera, a la que le arrebató una bandeja de metal que empezó a agitar a su alrededor como una maza apache.

Cassandra recordaba el momento en el que el borde afilado de la bandeja centelleó a tan solo un centímetro de su cara, como un proyectil sin control. Al final hicieron falta dos celadores para reducirlo antes de que ella pudiese inyectarle un calmante que le dejó tumbado en el suelo, como un rinoceronte dormido. Después de eso, cuando salió a tomar el aire y vio a un grupo de enfermeras echando humo

a pocos metros, la tentación se convirtió en un huracán desatado y antes de darse cuenta estaba caminando hacia ellas.

Llevaba un año fumando a escondidas, solo uno o dos cigarrillos al día, pero aquel pitillo de la mañana, sentada junto a la ventana entreabierto del garaje, le resultaba irrenunciable. En invierno el aire frío se colaba por la rendija y la dejaba aterida de tal modo que tenía que sujetar la taza caliente entre las manos para no perder la sensibilidad en los dedos, pero aun así merecía la pena. Sabía que el olor a aceite y gasolina del cortacésped enmascararía el olor del cigarrillo que no saliese por la pequeña ranura del ventanal.

De repente, fuera, vio cómo se encendían las luces del piso superior de la casa del señor Santaló, su vecino del otro lado de la calle. Primero la del dormitorio y luego, al cabo de unos segundos, la del baño. Casandra supuso que después de casi setenta años la próstata del viejo y amable señor Santaló necesitaba un buen alivio tras toda una noche de contención.

Un ruido en el piso de arriba por fin la distrajo de sus ensoñaciones. Oyó el agua corriendo en la ducha y adivinó que Daniel finalmente se había levantado. Apuró la última calada del cigarro y apagó la colilla en el bote de metal que guardaba escondido en el garaje. Arrugó un poco la nariz al abrir el bote y contar la cantidad de colillas que se acumulaban allí como testigos mudos que le apuntaban de manera acusadora.

Dio un último sorbo al café y subió las escaleras hacia el cuarto de Martín. Solo tenía cinco años, pero ya empezaba a parecerse a una copia a pequeña escala de su padre. El mismo aire confiado, los mismos ojos marrones e inquisitivos que se arrugaban cuando algo le parecía divertido, la

misma sonrisa descarada y brillante que haría que algún día las rodillas de las chicas se aflojasen un poco cuando la lanzase en su dirección. Había heredado la piel clara y el pelo negro de Casandra, pero por el resto era una versión diminuta de Daniel.

—Despierta, Martín —susurró en la oreja del pequeño mientras encendía la luz—. Es hora de ir al cole.

El niño gruñó, aún enfangado en las últimas brumas del sueño, pero su madre fue inflexible, martilleando sus costillas de forma tenaz hasta que se levantó. Otra pequeña rutina de su vida diaria. A Casandra le quedaban apenas noventa minutos.

—¿Ya está despierto? —oyó a su espalda.

La voz de Daniel tenía una tonalidad profunda y cadenciosa (voz de color tabaco, decía una de sus amigas cuando ella y Daniel empezaron a salir juntos) que la hacía vibrar como un diapason cada vez que él hablaba. Sin embargo, sobre esa voz cálida había ahora una capa de hielo grueso imposible de ocultar.

—Sí, y creo que con ganas de empezar el día. Dile hola a papá, Martín.

—¡Hola, papi! —Martín les regaló a ambos una deslumbrante sonrisa, ya totalmente despierto, con esa facilidad pasmosa que tienen los niños para pasar de la duermevela a la vigilia—. ¿Me vas a llevar hoy tú al colegio?

Daniel dudó por un segundo. Miró a Casandra, y ella le devolvió una mirada que pretendía ser inexpresiva.

—No, cielo. —Le revolvió el cabello a su hijo—. Creo que hoy es mamá quien te va a acompañar.

Daniel llevaba puesta una toalla alrededor de la cintura, que dejaba a la vista las dos cicatrices de un abdomen de músculos bien definidos. Una era de una apendicitis; otra, el recuerdo de una cuchillada que un traficante le había

asestado justo antes de ser detenido con un fardo de veinte kilos de hachís. Daniel había ganado por aquello una medalla y un nuevo traslado, y con ello un escalón más en la descomposición de su matrimonio.

—Supongo que querrás llevarlo tú. —Daniel hablaba fingiendo normalidad, pero no podía evitar que su incomodidad se trasluciese en su voz—. Ya sé que hoy me tocaba a mí, pero...

—No importa, en serio. —Una sonrisa nerviosa apareció fugazmente en el rostro de Casandra, pero se desvaneció enseguida—. Si quieres, podemos...

—Bien. Perfecto entonces. —Daniel abrió la boca como si le fuese a decir algo más, pero se limitó a darse la vuelta.

Casandra sintió cómo el aire a su alrededor se volvía más frío, aunque sabía que solo era la decepción jugando en su mente.

*¿Dónde estás, Daniel? ¿Qué me pasa? ¿Por qué nos comportamos como dos extraños?*

Pero cuando fue a abrir la boca, Daniel ya había salido de la habitación. Como todo en su matrimonio, parecía haber un desajuste de segundos que les impedía comunicarse.

Al cabo de una hora, el domicilio familiar era un caos organizado. Daniel, ya vestido para ir hasta la comisaría, sorbía su café en una esquina de la mesa sin dirigirles una mirada. Desde que le habían ascendido a inspector ya no llevaba uniforme, aunque su lenguaje corporal no había cambiado. Acostumbrado al hábito de años, todavía se movía con esa cadencia particular del que se ha paseado mucho tiempo con una pistola colgada del cinturón.

El teléfono de Daniel comenzó a zumbear encima de la mesa. Sin apartar la mirada del periódico, se llevó el apar-

to a la oreja. No eran habituales las llamadas a aquella hora, pero tampoco muy infrecuentes.

—Sí —musitó justo antes de beber el último trago de café.

Cassandra le observó de reojo y vio cómo la expresión de su marido se endurecía de forma súbita, en un gesto de clara preocupación.

—¿Dónde dices que es? —preguntó a su interlocutor del otro lado mientras sacaba un bolígrafo y anotaba algo de forma apresurada en el borde del periódico—. Voy para allí enseguida. Que nadie toque los cuerpos hasta que llegue el forense y que todo el mundo mantenga la calma.

Colgó el teléfono y su mirada se paseó sin rumbo durante un instante mientras pensaba. Luego se detuvo en Cassandra y le hizo un discreto gesto para que se acercase, fuera del alcance de los oídos de Martín.

—Tengo que irme —murmuró—. Han encontrado los cuerpos de dos chicas en una carretera secundaria. Parece serio.

—No te preocupes —contestó Cassandra—. Ve.

—Nos vemos luego —musitó mientras le daba un beso a Cassandra en la comisura de la boca.

—Sí, nos vemos luego —respondió ella con una media sonrisa apagada.

Levantó la mano para acariciarle el rostro, en un gesto reflejo, pero el movimiento se marchitó a medio camino mientras él se alejaba. No siempre había sido así. En algún punto habían perdido el cable que llenaba de electricidad su relación, pero ambos preferían fingir que la casa todavía estaba llena de luz. Demasiado cobardes para mirar el problema de frente, como tanta y tanta gente. A Cassandra solo le quedaban treinta y cinco minutos.